

sagradas; y por eso es lugar querido de los buitres y de los dioses. Aquí no penetra la luz, aquí no cae la lluvia del cielo, aquí el rayo se apaga en los troncos de los árboles, aquí el ave enmudece y se torna carnicera y amiga de las tinieblas, aquí la zumbadora abeja no encuentra una flor, aquí sólo se oye el gemido del viento en las ramas, sólo se ve el fuego fátuo que corre en todas direcciones, y la gota de sangre humana que cae continuamente al pié del ara, cubierta de cráneos y de huesos mondados por los picos de los cuervos, eternos compañeros de nuestros dioses. Entremos, entremos. El fuego arde ya sobre el altar. Los buhos huyen, los lagartos y las sabandijas se esconden. Los cuervos graznan presintiendo ya un festín. Las ramas de los árboles se mueven á impulsos de los infinitos murciélagos que en ellos se anidan, y que sacuden sus alas porque toman la indecisa luz del holocausto por el resplandor del crepúsculo. Preparad el niño. Lavadlo en el agua lustral. Cubridle la cabeza de enredaderas. Hundid el cuchillo en su garganta. Esprimid la sangre sobre el ara. Arrojad su cuerpo á las llamas. Ya se consume, ya se consume. Ya no existe. Melcarth nos agradecerá eternamente este sacrificio.

IRIA (*que ha seguido con ojos atónitos, sin decir una palabra, toda la ceremonia*).

Mi hijo, mi hijo ha muerto. Y yo vivo. ¡Oh! No, no. El corazón me salta del pecho. ¡Ah! ¡Ah! (*Cae exánime, y lanza un gran gemido.*) Muerte, muerte, gracias, gracias. (*Espira.*)

ORIEL (*quiere clavarse su puñal; pero se rompe la punta en su pecho*).

Para mí no hay ni el consuelo de la muerte.

KEKOBAD.

Regalo este esclavo (*señalando á Oriel*) al egipcio que me ha revelado el secreto de un símbolo de su religión y me ha dado luz para mi gran conquista. Tú, jefe de mis esclavos, embárcalo para Egipto.

ORIEL (*desde la nave que sale del puerto de Tiro*).

Ondas del mar, no sois tan amargas como mi vida. Aires que os estrellais en las playas, no sois tan continuos como mis gemidos. Abismos que os extendéis bajo mis plantas, no estais tan oscuros como mi corazón. ¡Cuánto daría yo por ser una gota de agua, una cinta de alga, un grano de are-

na, una rama de las plantas marinas que habitan en vuestros torbellinos, algo, en fin, que me diera esta insensibilidad tras la cual voy, ya que ni siquiera me es dado abrazarme al frio esqueleto de la muerte! He querido sentir, he querido amar. Nunca, nunca lo hubiera intentado, infeliz de mí. La copa de la felicidad, al acercarse á mis lábios, se torna hiel. Ahora me arrastran á otro punto, á otra region de la tierra, despues de haber dejado exparcidos en esas orillas pedazos de mi corazon. ¿Qué nuevos tormentos me aguardan? ¿Qué nuevas penas asaltarán mi alma? ¿Se puede sufrir más? Oigo un lamento que me traen las brisas del mar. Es el quejido de los esclavos que venden sin piedad en el mercado. Allí separan al padre del hijo, al hermano del hermano. Maldicion horrible, ¿has de ser eterna? ¡Ay! ¡Ay! (*Deja caer la cabeza sobre el pecho. La nave se aleja de Tiro.*)

FIN DE LA JORNADA QUINTA.

METAMÓRFOSIS.

JORNADA SESTA.

OMASIS.

¡Bendita seas, tierra de Egipto! El cielo se extiende sobre tí como una gran hoja de papiro, donde en signos de luz están escritas tus glorias y las glorias de tus dioses. El Nilo rompe sus ataduras, salta sus límites, y difunde por tus llanos sus aguas benditas y sagradas para llenarte de vida. El desierto te ciñe como áureo manto caído á tus plantas. La palmera cimbrea sobre tus colinas sus grandes hojas, y cobija en su verde corona las cigüeñas sagradas, cuyo vuelo señala el camino que traen los dioses al venir á los templos. Entre los troncos de áloes, de nopales, de olivos que las aguas del Nilo fecundan, se arrastra el cocodrilo y la serpiente de mil colores,

y en las ramas se posa la paloma y te saluda con sus melancólicos arrullos. Allá á lo léjos, detenido por tus bravías costas, el mar se arrastra á tus piés, y ruge y te escupe en vano sus amargas ondas, porque lo has encadenado y lo has sometido, y al gran mónstruo no le resta más que revolcarse impotente en sus límites como un cautivo en sus cadenas. Todas las gentes vienen á tus templos á colgar una reliquia ó un amuleto de tus altares y de tus aras. Los pueblos bárbaros aullan en torno de tí sin atreverse á tocarte, como las bandadas de cuervos graznan en torno de un ejército que camina á las batallas. Tú, tierra bendita, has grabado en las paredes de los templos los pensamientos del cielo, has contado los invisibles y misteriosos eslabones de la cadena del tiempo, y has sentido que se encierra la inmortalidad en la vida del hombre.

ORIEL (*que está á un lado tallando una gran piedra*).

¡La inmortalidad en el hombre! ¿Conque no hay muerte? ¿Conque ni esa esperanza siquiera le queda al esclavo? ¡Oh! ¡Cómo envidia cuánto veo, cómo quisiera tener ó la inercia fría de esta tierra que piso, ó el movimiento de esas aguas que

onda tras onda ruedan en perpétuo movimiento hácia el mar, donde pierden su sér en los abismos! Todos los séres me aventajan. El leon sale de su madriguera, sacude sus guedejas de oro, clava sus garras en la arena, mira con sus encendidos ojos á los cuatro puntos del horizonte, abre su pecho á la ráfaga encendida del viento del desierto, puebla con sus rugidos más fuertes que el eco de tempestuosa nube la soledad, oyè su instinto que le habla y que le mueve, y abandonado á sí mismo corre á su antojo por la tierra, salta los abismos, bebe en la fuente del oasis, asciende á los picos de las montañas, baja al llano, se acuesta en las hojas secas desprendidas de los bosques, tiene en su madriguera su familia, su leona, sus cachorros; y yo, que soy inmortal, atado á esta dura roca, ablandándola con el sudor de mi frente, veo el mundo y el cielo al través de la espesa reja de un calabozo, como si vivo yaciera en una tumba. El avestruz, el dueño del desierto, se levanta de su nido que ha abierto en la arena, llama á sus hijos, agita sus negras alas, y emprende su rápida carrera, instintivamente, pero con libertad; y yo, yo, inmortal, no puedo separarme de esta cadena, que me agobia y me tiene pegado al suelo como la raíz de mi sér y de

mi vida. El águila se levanta, vuela á lo infinito, se mece en los vientos, traspasa el seno de las oscuras nubes, deja bajo sus garras la tempestad, rueda en los torbellinos del huracan, mira frente á frente con reposado mirar el rayo del sol, menosprecia la tierra y se pierde allá donde no llega el eco de nuestra voz, y cuando vuelve y se posa en el pico de una montaña, en el techo de un templo, en el ramaje de un pino, se muestra tan orgullosa como si hubiera bebido nueva vida en la copa de oro de los astros: y yo, inmortal, yo, trabajo aquí una piedra para un templo que no conozco, para un dios cuyo amor no siento, y en vano pido á los cielos, que se me alejan como una ilusion de felicidad, algunas gotas del rocío de la verdad para fecundar la triste aridez de mi alma. Yo no puedo moverme por la tierra como el leon, no puedo volar por el cielo como el águila; y tengo, sin embargo, tengo un deseo vivo, animado, de sacudir el polvo de la tierra, y levantarme y mirar más allá de los astros, si en ese abismo sin fondo del cielo hay algun sér que llueva sobre mí la verdad, tras la cual corre desalado este pensamiento, que estalla y salta con mayor ímpetu á las alturas al compas que se aumenta el ruido de mi cadena.

OMASIS.

Tú, esclavo, tienes sed de verdad. Yo creí que el esclavo no tenia nunca más deseo en su alma que de sueño, de un largo descanso. Si el trabajo no ha podido adormecer tu pensamiento, si la servidumbre no ha podido matar tu deseo, si aún crees y aún te levantas en alas de tu idea á otras regiones, á pesar de que dura cadena te ata á la tierra, ven, ven á mi santuario, entra en mi templo: que algun gran misterio yace en su oscuro seno, y algunos dogmas hay grabados en esas paredes que guardan oscuros geroglíficos, mudo lenguaje de nuestros dioses ocultos en el profundo santuario. Aquí estás en la region de los misterios, en la tierra de los grandes secretos de la naturaleza. El Nilo guarda en sus aguas los miembros despedazados del dios del bien. Las cavernas reciben con religioso respeto en sus profundas sinuosidades la palabra que les deposita la ráfaga del viento del desierto. El templo sirve de reclinatorio á los grandes colosos agobiados por un pensamiento divino, á los animales que fueron como el ideal de todas las creaciones. Al pié de cada columna hay una momia contemporánea de todos los siglos, que nos acompaña en la vida

y nos promete la incorruptible inmortalidad en la tumba. En el seno de las catacumbas habitan las generaciones egipcias, disecadas, embalsamadas, y de sus mudos lábios se escapa la palabra de la inmortalidad, el secreto de la vida que se derrama por la tumba como el agua del Nilo por el valle. Cuando la noche descienda, cuando las estrellas comiencen á brillar en el cielo, cuando el cocodrilo y la serpiente se escondan en sus madrigueras y el buho gima en los altos chapiteles, acércate al templo, y verás animarse las estatuas al resplandor del fuego del sacrificio, volar el íbis sagrado diciendo la palabra divina, palpitar la sávia de la idea religiosa en las columnas como la vida en el árbol, y salir de cada geroglífico, palabra perdida en el templo, un misterioso, un divino cántico que te revele el pensamiento que buscas cuando hieres con tu martillo las piedras.

ORIEL.

Quiero entrar en el templo. Salta mi deseo en mí como el ave en el horizonte. No busco la vida en ese templo; busco la muerte. ¡Dichoso aquel que puede dormir para siempre, frío como esta piedra! Pero antes de morir quiero que me digan tus dioses por qué he sido esclavo, y que me re-

velen el misterio que se encierra en mis cadenas. ¡Oh! Entrar en un templo, en uno de esos lugares donde los hombres dilatan su vida, conversar con los dioses que guardan en sus lábios todos los misterios, aspirar la esencia de la idea que sube al cielo en las azuladas espirales del incienso, ver el pensamiento que arde en el fuego del sacrificio, exhalar una alada oracion que suba y se pierda en lo infinito, y en cambio sentir si los dioses guardan algun sorbo de un nuevo licor de la vida en sus copas de oro, en sus blancas nubes, en las flores que ciñen sus sienes, para mí será el placer inmenso, infinito de creerme nuevamente creado, nuevamente vivificado al pié del ara, y libre de esa cadena, unida á mi hasta ahora como la sombra al cuerpo.

OMASIS.

El sol se ha ocultado. Las estrellas brillan en el cielo. El desierto suspende el ruido de sus huracanes, como si recogiera el aliento para escuchar mejor la palabra de Isis. El ave nocturna exhala un gemido como el eco del misterio de la noche que quiere romper á hablar y revelarse á los mortales. Los animales sagrados duermen para recoger en este instante de descanso una nue-

va celeste idea. Los dioses desde sus antros tienden el manto de tinieblas. El río murmura su luctuosa plegaria. Tal vez no sea más que una lágrima caída de los ojos de una divinidad ignorada. El templo se agranda en las sombras, porque el templo crece con el misterio y el misterio con la noche. Acérete al santuario.

ORIEL.

Me parece que á la luz dudosa de las estrellas el templo se alza del suelo como árbol arrancado por el huracán, y se cierne en los aires como inmenso negro avestruz que bate sus alas sobre su nido. Un sudor frío corre por mi frente, y hielas en mis venas la sangre, y pára los latidos de mi corazón en el pecho. He querido buscar mi redención arrastrándome de rodillas al pié de mis señores, corriendo al sacrificio, levantando sentimientos de dignidad en el ánimo de mis compañeros los esclavos; y no he comprendido nunca que sólo puede redimirme de este eterno dolor la posesión de la verdad, sí, de la verdad que se encierra en el templo de Isis. Mi ánimo vacila, flaquean mis rodillas. Muros de granito, inmensos sillares, sois montañas levantadas sobre montañas por generaciones de gigantes que han querido en-

cerrar en un calabozo profundísimo la verdad debida á todos los hombres. De vuestra cavernosa boca se exhala un olor de incienso que trastorna mis sentidos y despierta en mis ojos casi cerrados al peso del temor fantásticas aladas visiones. ¿Quién no vé que un génio superior te ha creado, ¡oh templo! Su huella está en tus paredes como las huellas de las garras del tigre en la corteza de los árboles del bosque. Paso este pórtico resguardado por monolitos donde los siglos han escrito en oscuros signos su pensamiento; entro en este patio, en que las columnas, que ora asemejan palmeras coronadas por su diadema de largas hojas, ora házes de trigo, sostienen una cornisa donde abre su cáliz sagrado el húmedo lotho y extiende sus guirnaldas de pámpanos la vid cincelada en la piedra; me paro un instante á contemplar el coloso que duerme teniendo por almohada un monte; bajo mi cabeza ante el sepulcro de color de cielo que encierra más abismos que el profundo Océano; saludo las fáuces del cocodrilo que sobre la inmensa puerta del templo sostiene un globo alado; entro, y contemplo los geroglíficos que se animan á la luz del sacrificio como las hojas del bosque al primer rayo del sol, los áureos nichos donde duermen las momias

adornadas con brazaletes de oro, los altares donde están las serpientes de bronce, los perros sagrados, las esfinges que aún tienen el beso de la brisa en los labios, las estatuas con sus tiaras en la cabeza, las fuentes que corren al pié del ara destinadas á las abluciones, la imagen de los que ya no son, de los que han caído en brazos de la muerte, y llevan el arado en la mano y el saco de semillas á las espaldas como para trabajar en otra tierra; y al acercarme al santuario, encerrado en lo más oscuro, en lo más profundo del templo, apenas teñido por una luz sonrosada como la del crepúsculo, quiero rasgar con mis manos el velo de tinieblas que oculta la verdad á mis ojos, y tiemblo, y vacilo, y caigo en profundo estupor, sin poder alcanzar ni entender la palabra misteriosa que se levanta sobre columnas, estatuas, obeliscos, esfinges, colosos, y flota allá en los aires como el pensamiento del templo.

HERMES.

¿Quién turba la tranquilidad de este templo? ¿Quién interrumpe el silencio de la idea que está escondida en el profundo santuario de Isis? Yo estoy aquí reuniendo las sustancias de todas las cosas que se acaban, para formar un nuevo Uni-

verso que tenga por alma mi pensamiento. Yo he reunido aquí todas las esencias, el aire, la luz, la chispa del rayo, el aroma, la nube, el eco, el rumor del bosque, para formar un nuevo espíritu; y todas las organizaciones, las escamas de los peces, la piel de la serpiente, las garras del tigre, la dorada guedeja del león, las leves alas de la pintada mariposa, el cráneo del hombre para formar un nuevo cuerpo; y con el cuerpo y el espíritu crearé un dios que pueda resistir en su pecho el torrente de los siglos, que pueda romper con sus brazos la cadena del espacio, y se levante sobre los restos despedazados de todas las divinidades, porque el Oriente y sus religiones se acaban como astro que se anega en el éter, como día que se pierde en la eternidad, como vida que se desvanece en el sepulcro.

ORIEL.

¿Qué veo? Del fondo del altar se levanta un fantasma que cubre el santuario con su rozagante púrpura. En sus ojos se ven brillar y desaparecer luminosos reflejos como relámpagos en noche oscura; de sus labios se desprenden mansamente palabras ininteligibles que hacen temblar las estatuas y las columnas; una corona de verde enci-

na cubre sus sienes, y sus piés se apoyan en tempestuosa nube que truena como si fuera la voz de su pensamiento. Se dirige á los cuatro puntos cardinales del templo, y enciende en cuatro grandes tripodes una luz roja, otra azul, otra amarilla, otra verde, que tiñen con los colores del iris esta mansion de los dioses. Despues traza con una vara mágica en el aire calcinado por una gran tempestad moral signos ideales, cabalísticos, que despiertan á los colosos, que impulsan á los cocodrilos de bronce, á las serpientes de oro, á los murciélagos cincelados en la piedra, á extenderse, á levantarse, á tomar formas aéreas, espirituales, y rodar en torno de mí en mágica danza, produciendo un concierto de sonidos inarticulados, indecisos, que forman misteriosa música. Séres que os exhalais como nubes de mariposas del fondo de estos altares, y os envolvéis como en vuestro manto en las ondulaciones del aire, y os arremolináis alrededor del fuego del sacrificio, y subís á las alturas, y bajáis girando por do quier en perpétuo movimiento como las hojas de la flor en alas del huracan, decidme, decidme, ¿dónde está la verdad?

HERMES.

He encendido las cuatro luces que representan las cuatro sustancias de que se compone la vida. A sus reflejos he abierto el libro donde están guardadas las últimas palabras del Oriente. Al romper cada uno de sus misteriosos sellos he oido un ¡ay! prolongado que se perdía en los largos intercolumnios del templo. Conforme he ido rompiéndolos, se han avanzado hasta mí todos los dioses de todos los pueblos. Por allí veo venir en larga procesion los génios nacidos de las espumas del mar, que traen contentos en profundas copas el primer rocío de la vida; los hijos del campo, hendido el pié, la cabeza coronada de yedra, deramando hirviente vino en la tierra; los espíritus del aire con su manto de nubes, su corona formada por el arco-iris, sus arpas hechas de rayos de luz; los dioses de las estrellas, que nadan en el éther y arrastran en pós de sí mundos como el viento del otoño hojas secas; los grandes protectores de la guerra, nacidos de las fuerzas de la naturaleza, blandiendo en sus manos largos cometas que son como espadas de fuego; los elefantes blancos que llevan coronas de lothos en su trompa; los toros persas en cuyos cuernos de oro

lucen diademas de brillantes; los colosos egipcios bajo cuyas pisadas se hunde la tierra; los serafines medas que agitan con sus alas celestes el aire y despiertan á los orbes fatigados y soñolientos en su eterna carrera con la voz de sus clarines; y todos entonan un cántico que es como la aspiracion de la tierra á lo infinito, como las mil formas que toma el deseo al volar al cielo desde el seno del Universo.

ORIEL.

¿Qué rumor escucho? ¿Qué seres veo flotar en los aires? ¿Son una bandada de golondrinas que vienen á posarse en los techos del templo? ¿Son un ejército de cuervos que aceran sus picos para clavarlos en las entrañas de estos dioses? ¿Son un enjambre de abejas que zumban buscando la miel de la nueva vida guardada en el fondo del santuario? No sé distinguirlas. Ya me parecen aves nocturnas que huyen la luz, ya coros de ruiseñores que cantan sobre un nido hermosísimo suspendido en una rosa donde nace un nuevo dios. ¡Ah! Me falta la luz de los ojos. Decidme, decidme dónde ocultais la verdad.

INDRA (*sentándose al lado de la luz azul*).

Yo que he pisado la tierra humedecida aún por el beso de las aguas creadoras, la tierra cuando acababa de salir del mar como el fruto de la flor; yo que he recibido en mis ojos el primer rayo de la primer aurora que se levantaba por los horizontes, tranquilos y alegres como la sonrisa del niño en la cuna; yo que he encendido el primer fuego del sacrificio sobre la montaña más alta de la India, de cuyo fuego son chispas el sol y las estrellas; yo que he exparcido las nubes, como el pastor las ovejas, por las alturas del cielo, y les he enseñado el abrevadero de los lagos y de los torrentes; yo que he lanzado de mi diestra el áureo rayo sobre los bosques inmensos, espesos, cubiertos de zarzas, de enredaderas, de yedra, que ocultaban el misterio de su vida; yo que he enseñado á cada sér su palabra, su cántico, su oracion; yo, envejecido, vacilante, apoyándome en esta caña, sin luz en mis ojos, sin cabello en mi cabeza coronada de madreSelva y de verbena que esmaltaba el rocío con sus perlas, sin calor en este seno que calentó el mundo cuando recién nacido temblaba de frío, vengo á esta luz á buscar una centella del espíritu universal que huye de mi sér.

ORIEL (*acercándose al dios Indra*).

Tienes frío, tienes sed y hambre. El rocío de la mañana ya no puede apagar tu sed, la yedra y la enredadera del bosque ya no pueden abrigar tu cuerpo, la palmera y el cocotero ya no pueden satisfacer tu hambre. El destino te ha arrancado con su férrea clava de tu trono de montañas. Sobre el volcán que era la lumbre de tu hogar han caído mares de nieve, y sobre esos mares de nieve sólo se ve el carnicero cuervo que grazna de hambre. Lloro, dios, lloro; si es que hay alguna lágrima en esas pupilas, por las cuales pasaron todas las nubes que el mar lanzaba á las alturas en el primer día de la creación. Acércate á calentarte al fuego que tú encendiste sobre las montañas coronadas de bosques floridos, cuando todas las aves aprendían extáticas en el primer concierto de los mundos sus primeros arpegios y gorgoros, que infundían una ilusión de amor en el seno de la tierra, dulce desposada del cielo. El fuego no puede calentar tus miembros ateridos. Vas á morir, porque has cerrado la puerta de tu templo al esclavo. Cuando tenía sed, te pedí un sorbo de agua, y me diste el veneno que destilaban las fáuces de la víbora. Cuando tenía hambre, te pedí un

fruto de tus árboles, y me diste á comer las cenizas de tu volcán. Cuando tenía frío, te pedí un hogar, y me arrojaste á habitar los nidos de las serpientes. Cuando tenía deseo de lo infinito, te pedí una verdad, y lanzando sarcástica y amarga carcajada, me envolviste en negra nube de humo, porque los dioses no habían nacido para el esclavo. Héte aquí moribundo, yerto, sin el rayo del sol en la frente, sin la copa de la vida en la mano, sin el arco-iris á las espaldas, sin las blancas nubes en los pies, luchando con la nada que abre su cavernosa boca bajo el fuego de ese sacrificio. Tu injusticia te mata. El esclavo es tu juez. El esclavo, sí, vé tu agonía y tu muerte, y te maldice.

INDRA (*corriendo al santuario*).

Ísis, madre Ísis, protección: que buscando tu protección he venido á este grandioso templo. La tierra tiembla bajo mis pies. Las estatuas me miran con airado mirar. Las esfinges abren sus garras y me amenazan. Las columnas se doblegan como los árboles de un bosque agitados por el huracán. El cielo llora lágrimas amargas que caen como gotas de hiel en mis labios. Las estrellas huyen y se esconden como aves dispersas por las

flechas del cazador. Me acuerdo de aquel tiempo en que sobre la blanca nube de la mañana, coronado de estrellas y vestido con larga túnica de color de cielo, llevando por brazaletes dos cometas, nadaba en el aire, seguido de ejércitos de abejas que zumbaban y de mariposas que parecían aladas flores, é iba á la más alta cumbre de los montes á recibir los sacrificios de los mortales agradecidos; mientras que ahora en vano aplico el oído para oír una plegaria, en vano abro las narices para aspirar el olor de la manteca y de la miel que se disipan en el fuego del holocausto, porque sobre mí se extiende como una telaraña el vacío, como un abismo el silencio. Ísis, madre naturaleza, tú que aún tienes vida, protégeme, protégeme contra las negaciones de los mortales, que extienden glacial frío por mi cuerpo.

isis (saliendo del fondo del santuario).

Calla, calla. No lo digas, para que no lo sepan los mortales. Mi santuario es un sepulcro vacío. La verdad que yo creía guardar es un inmenso murciélago que se pierde en eterna y oscurísima noche. A mi lado sólo oigo el huso de los génius de la muerte, que están hilando y volviendo al no sér toda la trama de nuestra vida. Mi corona de

espigas se ha secado, y anda rota en alas del abrasador huracan. Un rayo del cielo, que yo creí mi cetro, ha rasgado mi velo de oro. El tiempo, que yo llevaba como un collar en mi garganta me ahoga como si fuera mi suplicio. El manto hecho de reflejos de la luna en el fecundo Nilo, es un sudario que se desvanece como la niebla de la mañana y me deja desnuda á los ojos de los mortales. La serpiente Tiphon se levanta sobre su cola y abre sus fúuces para tragarme. El cuerpo de Osiris ha vuelto á hundirse en el ocaso como la piedra arrojada al abismo, y ya no hay ondas que lo arrastren, ni floridos arbustos que lo cubran con sus ramas, ni lágrimas en mis ojos gastados para despertarle á la vida. En vano mi hijo Horo chupa hambriento y con devorador anhelo mis pechos; no puede sacar de ellos ni una gota de aquel jugo que anhelaban en otro tiempo hasta los mundos. Una fuerza ciega, superior á mí, se burla de mi deseo de vivir, y me arrastra á los mares á sepultarme tal vez para siempre en sus abismos. ¡Ay! ¡Ay! Las tinieblas se levantan de lo profundo, y me envuelven y me ocultan la riente naturaleza. No lo digas; pero también reina la muerte sobre los dioses.